

EL SUEÑO DE HIPÓCRATES*

ANGÉLICA GORODISCHER

*Where there is no imagination,
there is no horror.*

Sir Arthur Conan Doyle

Dicen, o por lo menos parece que consta en algunos viejos libros traducidos del árabe al francés por un desconocido erudito del siglo XII, libros que sólo parecen haber sido leídos por Jorge Luis Borges y Gastón Bachelard, dicen que Hipócrates sufría, a veces, trastornos del sueño. En general puede decirse que dormía bien, como que apenas llegaba la noche, cansado puesto que trabajaba mucho, se acostaba y se dormía con un sueño profundo, reparador, tranquilo.

Pero también parece que otras veces tenía insomnio, lo cual se arreglaba fácilmente por cierto, con una ofrenda a las diosas. Claro que más grave era el asunto de las pesadillas. Hipócrates solía tener pesadillas. Otra vez hay que aclarar que eso no le sucedía todas las noches, sino que de cuando en cuando sobrevenía una época en la que lo acosaban los malos sueños.

Digo *malos sueños* para no repetir la palabra *pesadilla* que es tan poco eufónica, que suena tan banal para algo tan angustioso. Borges estaba de acuerdo; mejor dicho, yo estoy de acuerdo con Borges en esto. La palabra *pesadilla* suena a algo insustancial, algo que es pesado pero no mucho, algo a lo que hay que restarle importancia. Y las pesadillas son importantes. Todas y todos sabemos lo que es despertarse en la oscuridad con el corazón alborotado sin saber si “eso” que ha sucedido es un sueño o es la tremenda realidad. Pasan unos segundos larguísimos hasta que se puede estar segura de que ha sido un sueño y entonces el pecho se distiende y una se da vuelta en la cama y sigue durmiendo, si puede.

* Leído por la autora en el Acto Académico de entrega del Premio Círculo Médico de Rosario 2003.

El mismo Borges recordaba que la versión inglesa de esa palabra que designa los malos sueños, es mucho más sonora, más adecuada y más sugestiva. *Nightmare*, que quiere decir literalmente “la yegua de la noche”.

Pues bien, la yegua de la noche solía cabalgar junto al lecho del señor, perdón, del doctor Hipócrates, llevando en su lomo a las furias, las erinias, las parcas y cuanto íncubo y súcubo se prestara a la expedición nocturna.

Tal vez era la misma yegua de la noche, blanca o dorada o negra o alazana de crines claras, que galopaba junto al lecho de otro doctor, uno de barbita y ojos claros que vivió en Viena, no sé si lo ubican, hace de esto muchos años. No tantos como los de Hipócrates, pero ¿qué es el tiempo para los genios?

Junto a la cama del médico de Viena la yegua de la noche despertó, valga la contradicción, inspiraciones y seguridades, y posibilitó al compás de los cascos sobre el empedrado de las calles de Viena una de las tres grandes revoluciones pacíficas que contempló el siglo XX (las otras dos fueron la de un señor que nació en Málaga y pintó la realidad como nadie la había pintado antes y la de otro que nació en Ulm y vio el espacio y el tiempo como nadie los había visto antes).

Junto a la cama de Hipócrates es posible que haya despertado, al tamborileo de los cascos sobre la tierra de Cos, la infinita perplejidad de un hombre frente a ese “cielo segundo y fantasmal” que es la visión incontaminada y casi imposible de comprender, de un mundo que aun no existe.

Visiones, podría decirse, puesto que no eran ociosas imágenes sin significado alguno sino que eran escenas que hablaban directamente al alma. Y visiones fueron a la vez, las que ocasionaron los *malos sueños* del maestro de Cos.

La primera vez que tuvo esos malos sueños, el bueno de Hipócrates vio cosas inconcebibles. ¿Cómo se puede ver algo que es imposible de concebir? El doctor de Viena que sabía mucho de esto, diría que allá en lo profundo, en donde se cocinan las pasiones, en donde los tejidos rezuman esos líquidos que como el polen, como la savia, como la voz, van a ir al

compás de la historia de cada cual a dar sus frutos en las bocas y en los dedos y en las gargantas, allá en lo profundo, sí para la cual él inventó el nombre que lo hizo existir, allá en lo profundo hay algo que recorta y combina los elementos más dispares, lo inesperado, lo brutal, lo crudo, lo siniestro, y le da salida por la vía regia de los sueños ¿a qué?, a otra cosa, a lo innombrable, a lo que se resiste a ver la luz o a ser contado, a lo que hasta ese instante no existía y que reclama su nombre, la palabra, para existir del todo.

¿De qué otra manera si no trabajan los genios? ¿De qué otra manera trabajan Dionisos, las bacantes, las pitias? ¿De qué otra manera, a través de siglos que el doctor de Cos no conoció más que en sueños, trabajarán los surrealistas, Hieronimus Bosch, los dadaístas, los prerrafaelistas?

La noche es dulce sobre el azul del Egeo, y se presta al sueño tranquilo. Y sin embargo una de esas noches, una noche quizá, quién sabe, “una noche toda llena de perfumes y de música de alas”, el doctor Hipócrates sintió más que oyó, los cascos duros de una yegua dorada golpeando la tierra de la isla, y se revolvió en su cama (cama dura sin duda, que él sabía que era mucho más saludable), y dio vueltas una y otra vez sin lograr despertarse del todo. Veía. Dormía pero veía. Algo en él le decía que estaba dormido, que eso no era más que un sueño, un mal sueño.

Cuando por fin consiguió despertarse, erguirse en la cama y asegurarse de que había sido solamente un sueño, estaba empapado en un sudor frío, ese sudor que humedece las sábanas y que tiene olor a miedo. Pero no era miedo lo que sentía, no al menos en ese momento. Lo había sentido durante el sueño pero ya no. Ahora, despierto, pensaba con asombro en lo que había visto y trataba de recordar qué y cómo se le habían presentado al ánimo esas escenas.

Hogueras. Había visto hogueras. Enormes piras ardiendo en ciudades extrañas que no eran las de la Hélade. No eran las bellas, blancas ciudades del Peloponeso ni las de la Eubea o las de Tesalia y menos las de su precioso collar de islas del Dodecaneso. Ciudades horribles, oscuras, malolientes en las que ardían y ardían las hogueras mientras hombres y mujeres vestidos con ropas raras, aullaban y levantaban los puños hacia el fuego.

Había visto más. Había visto carros cargados de cadáveres y gatos negros, egipcios tal vez, colgando de horcas, de picas y de lanzas. Había visto cuerpos destrozados sobre los que se inclinaban barbudos sujetos ¿venidos de Asiria?, no, porque estaban vestidos de negro cubiertas las cabezas con desconocidos tocados, adornados sus cuellos con extravagantes collarettes duros y blancos como arcilla sin cocer. Había visto vastos edificios brillando al sol no dedicados a deidad alguna, edificios que no eran templos ni palacios ni academias, recorridos en sus laberintos interiores por hombres y mujeres en túnicas blancas que llevaban instrumentos duros en sus manos y se sentaban frente a semidioses fulgentes que se expresaban por medio de luces y sombras.

Todo eso había sido aterrador. Pero Hipócrates era un hombre de ciencia: sabía que los hechos son más fuertes que las tinieblas y que la razón puede más que la superstición. De modo que al horror siguió la calma y con la calma vino el frío análisis de lo que había visto. Pesadillas, se dijo (lo dijo en griego, claro), sólo pesadillas. Y concluyó que todo había sido provocado por una comida algo copiosa con los amigos con los que había estado reunido la noche anterior. El sabía, y así lo enseñaba a sus discípulos, que lo aconsejable para una vida larga y sana eran el aire puro, el ejercicio del cuerpo y de la mente, y la frugalidad en las comidas. Miel por dentro y aceite de oliva por fuera, como solía decir a sus pacientes. Lo cual no significaba que había que privarse de todo lo demás, de ninguna manera. Frutos secos, hortalizas, pescados, cuanto de aguas más profundas mejor, algo de grasa de carnero asado, pocas harinas y pocos dulces, y con mucha parsimonia, una copa de viejo vino rojo rebajado con agua.

Pero la noche anterior se había reunido con unos pocos amigos y habían estado hablando de teatro durante horas. Hipócrates y su amigo Andocides venían de Atenas y los demás querían saber qué había de cierto en el escándalo de la última comedia de Aristófanes. La conversación sobre arte estimula el apetito y la sed y el doctor de Cos recordaba haber si no bebido, sí comido demasiado. Se prometió a sí mismo tener mucho cuidado la próxima vez y, tranquilizado, volvió a dormirse y no soñó.

Y sin embargo a pesar de sus precauciones y su cuidado, pocas noches más tarde volvió a tener malos sueños. La yegua dorada relinchó junto a su oído y la cabeza se le pobló de fantasmas, de figuras informes que pasaban, se movían, hablaban un galimatías que sin duda sería una lengua bárbara y parecían llamarlo. Parecía realmente, todo lo realmente que puede ser

un sueño, parecía que se dirigían a él. Eso ya era lo suficientemente angustioso como para que el durmiente sintiera que le faltaba el aire, que el suelo desaparecía bajo sus pies y que eran pocas las esperanzas de salir de esa situación.

Pero en el momento siguiente, aunque el tiempo tuviera tan poco significado, tanto que él no sabía si marchaba hacia atrás o hacia adelante, sucedió algo asombroso: de pronto comenzó a entender lo que las figuras decían. ¿Era que comprendía la lengua de los bárbaros? No tuvo tiempo de reflexionar sobre eso porque una de las figuras fantasmales se hizo más corpórea y se adelantó y le habló: *Maestro*, le dijo.

¿Maestro?. Entonces, esa persona, fuera quien fuese, ¿lo conocía? Para tratar de averiguarlo dijo *¿Quién se dirige a mí de ese modo?*

Mi nombre es Trótula, y con eso la figura se adelantó y él la vio a plena luz. Era una mujer. Ni joven ni vieja, extrañamente vestida, destocada, de hablar suave y pausado, agradable de ver, una sonrisa apenas en los labios. *Qué nombre raro*, pensó Hipócrates, *pero bueno, con tanto viajero que pasa por la Hélade, siempre es dable oír algún nombre bárbaro.*

Y soy médica, dijo ella, *titulada en la universidad de Salerno y especializada en ginecología. Soy autora de una obra sobre obstetricia y...*

Un momento, un momento, dijo el maestro de Cos, *¿qué es eso de ser médica? Las mujeres no son médicas. Querrás decir sacerdotisa de Asclepios tal vez. O de Hygieia. O sibila. ¿O serás una prostituta? En ese caso te diré que estás perdiendo el tiempo y que más te valdría ir a buscar clientes entre los ignorantes que no saben a los peligros que exponen sus cuerpos cuando tienen tratos con esa clase de mujeres.*

Ella se rió. ¿No es increíble? Se rió. Pero bueno, en los sueños y más cuando la yegua de la noche toma parte en ellos, todo puede pasar. Se rió y dijo:

-No, maestro, no soy sacerdotisa ni prostituta ni sibila. Soy médica, curo a la gente, ayudo a las mujeres a dar a luz, les doy pócimas y unguentos y bebedizos para tratar los males en los bajos de sus cuerpos. Y vine a darte las gracias porque mucho fue lo que aprendí de tus

textos, maestro, ya que de muy niña me enseñaron el griego y pude leerle. También vine a mostrarte algo porque alguien tiene que saberlo, ya que no en el futuro, por lo menos en el pasado.

Había vuelto la angustia. Mientras la mujer hablaba Hipócrates sentía cómo la mano despiadada de la congoja le apretaba la garganta y le nublaban los ojos, pero atinó a decir:

-¿Qué es eso que tengo que ver?

Y entonces aparecieron otras figuras, silenciosas por fortuna, por detrás de la que alegaba ser médica de la universidad de Salerno ¿en dónde quedaría eso?, él nunca había oído hablar de semejante lugar, y ella, la médica, recitó más que decir:

-Jacqueline Felicia de Alemania, dama noble a la que en 1322 la universidad de París le prohibió la práctica de la medicina a pesar de su fama y de los muchos libros que había escrito, Joanna, médica obstetra, Belota la Judía, cuya memoria desgraciadamente se perderá más que las de las otras, Margarita de Yprès, cirujana y médica, Costanza Calenda quien recibió su título de médica en Nápoles, Alessandra Scala, de la Universidad de Florencia, Elena Cornaro que fue profesora de filosofía y de medicina en Padua. Laura Bassi y Maria Gaetana Agnesi las dos de la facultad de Bolonia. Laura era doctora en filosofía y medicina y Maria Gaetana en matemáticas y medicina. Casandra Fedele, Costanza Varano, Ginevra Nogarola, Cecilia Gonzaga, Laura Cereta, todas fuimos tus discípulas, maestro, bebimos en tus textos, en la teoría de los cuatro humores...

La voz de la mujer se iba haciendo cada vez más tenue hasta perderse y dejar de oírse, así como su figura se iba desdibujando y se confundía con las sombras del sueño y el médico de Cos empezó a recuperar los sentidos de la vigilia: primero el tacto, como sucede con los que han estado inconscientes o presas de un desmayo, después el oído, después el olfato, y finalmente la visión, eso que parece lo más poderoso y es lo más frágil, lo más quebradizo, lo más traicionero. Abrió los ojos y la yegua de la noche se alejó galopando hacia el este, hacia el mar azul.

Estaba francamente preocupado. ¿Qué pasaría si los malos sueños volvían a repetirse? Y más importante aun, ¿por qué lo atormentaban? ¿Qué era lo que los provocaba? ¿Por qué soñaba lo que soñaba? Tal vez los supersticiosos, los ignorantes, dirían que eran mensajes enviados por los dioses, pero había que ver que los ignorantes creían que todo lo que sucedía a las gentes era expresión de los dioses, como si los dioses tuvieran tiempo y ganas de ocuparse de los mortales. Hipócrates trataba en sus clases de meter esa noción básica en las cabezas de sus discípulos: que todo lo que les pasa a las gentes es resultado de lo que ellas mismas hacen, dicen, piensan y sienten. Tal vez los dioses fueran responsables de una tormenta en el cielo o en el mar, pero la enfermedad, la guerra, la locura, son obra de los mortales. Que lo dijeran si no en la plaza su amigo Sócrates o en sus escritos Herodoto, la superstición sin embargo, la estulticia y la pereza del ánimo se encargarían de echar toda la culpa a los inmortales.

Y con este pensamiento un si es no es pesimista, el maestro de Cos volvió a dormirse.

De ahí en adelante sin embargo, observó cuidadosamente sus días y su propia conducta en esos días, para tratar de relacionar sus malos sueños con algo que hubiera comido o algo que le hubiera sucedido en la vigilia.

Hay que decir que durante un tiempo no se oyó en Cos el galope de la yegua blanca que algunos decían que era negra y otros que era dorada como el fuego. Tanto que Hipócrates se dijo que todo había pasado, que ya no tendría malos sueños nunca más. Pero ya se sabe que en cuanto un hombre confía demasiado en su suerte, aunque la sabiduría del tango no hubiera dictaminado aun en tiempos de Hipócrates que la suerte es grela y que “al taura siempre premia la suerte que es mujer”, la muy maldita cambia de montura en medio del río y asesta sus más duros golpes al desprevenido.

Y fue así como otra noche, una noche cualquiera que en nada se distinguía de las que la habían precedido, galopando desde Viena en donde sus cascos herrados habían sacado chispas azules y anaranjadas sobre las piedras de las avenidas, cruzando mares y montañas, la yegua de fuego apareció junto a la cama del doctor de Cos y le hizo ver extrañas escenas en las que él mismo tomaba parte.

Estaba solo en una de esas sombrías ciudades que había visto la noche de las hogueras. Solo y temeroso, solo y desorientado. Sentía que algo terrible iba a suceder allí mismo y por eso empezó a caminar buscando refugio. Para su tranquilidad lo encontró rápidamente en un portal abierto. Entró. Más allá, en una enorme, fría estancia de muros y suelo enlosados en piedra, un hombre tan solo como él parecía esperarlo. No hubo bienvenidas ni saludos. Sólo se miraron midiéndose, como reconociéndose.

-Aaah -dijo ese hombre-, al fin un sabio, al fin alguien con quien se puede departir.

-¿Y usted quién es? preguntó, desconfiado, Hipócrates, y otra vez se daba el prodigio que lo hacía entender la lengua del otro aun sin saber qué lengua era ésa.

-Heinrich Kramer, ése soy yo, el que con Jakob Sprenger ha escrito la obra más fundamental de nuestro tiempo, el “Malleus Maleficarum”.

-¿Es ése un texto de medicina? -preguntó el maestro de Cos.

-¿Medicina? -dijo Kramer y sus ojos brillaban como las brasas que quedan cuando los leños de un fuego se han consumido- *Es más que eso, señor mío, es el libro que nos ha de salvar del infierno, de la obra de Satán, de las brujas.*

Y entonces Hipócrates recordó en el sueño otro sueño, el de las hogueras, y supo que estaba en una de las ciudades en las que habían ardido durante tres siglos aquellos fuegos que consumían las carnes y las almas.

Kramer mientras tanto, las hogueras en sus pupilas, decía ser sacerdote pero no decía a qué dios o a qué diosa estaba consagrado, y afirmaba que podía detectar el mal allí donde se escondía.

-Pactan con el diablo -decía-, hacen sus ungüentos con la grasa de los niños que sacrifican en las noches de los viernes, saben las propiedades de las plantas, de los minerales y de los animales y hasta de los elementos de la naturaleza y con ellos se atreven a curar a las gentes, cicatrizar heridas, ayudar a las parturientas, hacer desaparecer las fiebres y las

pústulas. Se ocultan -casi gritaba-, se ocultan bajo la apariencia de viejecitas o de bellas jóvenes inocentes. Pero yo sé, ah, sí, yo sé desenmascararlas. Sé que todas las mujeres son débiles y malvadas, que necesitan ser controladas por los hombres; sé que cuando una mujer se atreve a pensar por sí misma, piensa maldades y en cómo cometerlas. Son pecadoras, lujuriosas, y todo lo que quieren en esta vida es arrastrar a los hombres al abismo del pecado de la carne. Pero gracias a mi libro, sabemos cómo tratarlas. Las buscamos, las apresamos, las llevamos a las mazmorras y allí las obligamos a confesar. Ninguna se niega, ah no, cómo habrían de negarse. En el potro, colgadas de los brazos atados a la espalda, desnudas sobre camas de hierros puntiagudos, un embudo en la boca por donde se les hace pasar un río de agua hirviendo, terminan por confesar y por dar los nombres de otras brujas. Las buscamos, las apresamos, las interrogamos y las quemamos.

Se reía Kramer. Se reía con una risa atroz que hacía temblar las paredes de piedra de la estancia. Y tanto se rio que las piedras se estremecieron como la carne de las torturadas y se ablandaron como las raíces curativas de la *Achillea millefolium* cuando hierve y se suaviza, tamizada con un paño blanco para ser aplicada sobre los párpados enrojecidos por la fiebre. A punto de desaparecer, la voz de Kramer, su risa, también se confundían y se diluían en el reflejo de las hogueras.

-Pero curan -dijo Hipócrates.

-¡Se atreven, sí, se atreven! -volvía desde la sombra azul y naranja la voz de Kramer- Se atreven a curar, pero las vamos a quemar a todas, ¡a todas!. Si Nicolas Rémy se jactaba de haber quemado a novecientas, nosotros quemaremos setenta veces esa cifra. Son malvadas, son lúbricas, su naturaleza es húmeda y viscosa, las quemaremos, las quemaremos...

Despertó. Despertó el médico de Cos con la voz ronca del sacerdote todavía en sus oídos. ¿Había soñado? Sí, todo había sido un sueño, un sueño absurdo, porque ¿cómo era posible que alguien dijera seriamente que había que quemar a quienes curan? Aquí, en su tierra, en toda la Hélade, y entre los bárbaros también, puesto que hasta los bárbaros tienen a veces rasgos civilizados, se tiene un alto respeto por los médicos, por quienes curan. Se los honra, se los reverencia, se los distingue, se los enaltece. Todo el que trabaja por la vida humana merece respeto y consideración. El desagradable hombrecito de su sueño no era, pues, más que un

producto del mal sueño, eso: sólo un eco de los cascos de la negra yegua de la noche. Una sombra, nada más que una sombra.

Las fantasmagorías, reflexionó incorporado a medias en su cama, agitado todavía por lo que había visto y oído en ese interregno en el que la razón abandona por unos momentos la supremacía de los pensamientos, las fantasmagorías no son hechos concretos, no tienen entidad y por lo tanto carecen de poder. Pueden ser un síntoma. Los humores se retiran y se agolpan en alguna víscera que al momento y por causas externas o internas se encuentra en un estado de debilidad, y allí producen una aglomeración que oprime los sentidos que dependen de esa víscera: la visión y el oído tal vez. Y es así como se ven y se oyen imágenes y voces ilógicas y disparatadas. No debe tomarse en serio nada de lo que aparece en los sueños, nada. La prueba de ello está en que si bien el hombrecito hablaba de quemar a las mujeres que curaban, en otro de sus malos sueños, él, el maestro de Cos, había visto a precisamente, a mujeres que curaban, a médicas orgullosas de su oficio. Por lo tanto, todo lo que venía soñando era sólo un síntoma de algún desarreglo en su organismo, algún desequilibrio de humores que habría que corregir cuanto antes para evitar esas noches enojosas y estériles.

Qué tranquilidad. En cuanto volviera a viajar a Atenas iría a la plaza y buscaría a su amigo el filósofo. *Sócrates*, le diría, *¿cuál es tu opinión sobre los sueños?* Se arriesgaba, lo sabía, a un larguísimo diálogo entre su amigo y algún discípulo, un diálogo gracias al cual se demostraría finalmente la sensatez de la conclusión a la que él mismo acababa de llegar. Pero siempre se aprendía algo oyendo a Sócrates, atendiendo a esas preguntas sutiles que hacía a los jovencitos que deseaban llegar a ser grandes pensadores. Y con esas agradables perspectivas, Hipócrates volvió a dormirse, sin sueños, sin sobresaltos, sin preocupaciones.

Fue a Atenas. No enseguida, puesto que antes tenía que terminar con sus clases y después de eso quería ensayar una dieta de alimentos blancos y un régimen de baños que devolverían el equilibrio a su organismo y por lo tanto la armonía a su ánimo y la ecuanimidad a sus pensamientos. Pero una vez finalizadas las clases y puestos en práctica los tratamientos, partió de su isla hacia Naxos en donde hizo escala unos días, y cruzó finalmente rumbo a Atenas. Eran días suaves de primavera y buenos vinos, de sol y de conversaciones entre amigos, y el maestro de Cos casi había olvidado sus sueños cuando una mañana en la plaza topó con el grupo de jovencitos que seguía siempre al maestro de filosofía, y minutos después estaba

enzarzado en una discusión sobre matemáticas, medicina, música y filosofía, durante la cual Sócrates se divertía denostando a los sofistas y los muchachos procuraban no perder palabra para entrar en conversación y decir algo inteligente a fin de que el maestro los distinguiera. Le hizo falta toda su ciencia, todo su ingenio para hacer frente a las preguntas de los discípulos y a las trampas que le tendía su amigo decidido a encontrar un cómplice para hablar mal de Critias y de Gorgias quienes por otra parte eran excelentes personas.

Cuando el sol estuvo sobre sus cabezas, oro despiadado que nublaba los ojos y los entendimientos, con una risa homérica Sócrates despidió a los discípulos y pidió de comer. No puede decirse que fuera un banquete porque la mescolanza de alimentos era tan disparatada que nadie se hubiera atrevido a servirla en una casa decente. Pero hay que ver que todo lo que Sócrates comía, que era poco, casi nada, provenía de la buena disposición de las gentes, mujeres sobre todo, cuyos hijos asistían a las sesiones de filosofía del gran maestro. El médico y el filósofo comieron nueces y uvas y tomaron dos copas de vino cada uno y hablaron, sobre todo hablaron y lo que dijeron se ha perdido sólo en parte. No hay más que leer con atención ciertos *Diálogos* escritos por el más destacado de los discípulos de Sócrates y el *Corpus Hipocrático*, para encontrar muchas de las frases que se dijeron esa mañana en la plaza de Atenas.

Tres o cuatro noches después, Hipócrates volvió a soñar pero esta vez se diría que no fue la yegua de la noche la que galopó junto a su lecho. Casi, casi si se creyera en esas cosas, lo que podría decirse es que los rosados dedos de la diosa acariciaron los párpados cerrados del médico de Cos y le mostraron amables escenas, le hicieron oír voces encantadoras, le proporcionaron la oportunidad de departir con personas sensatas, inteligentes y razonables ante quienes exponer sus ideas. Era algo parecido a sus conversaciones con Sócrates. No lo mismo, claro, porque éstos eran desconocidos y el filósofo era uno de sus más queridos amigos, pero se aproximaba bastante al clima de aquellas gentiles y sagaces conversaciones en la plaza en la que se cambian ideas y se contempla el mundo con los ojos de los otros.

No era en una plaza. Su sueño lo llevaba a las puertas de un edificio enorme que él no conocía pero que le parecía haber visto antes. No era un templo ni un palacio ni una academia, y aquí se dijo *¡Sí! Lo he visto antes, lo he visto en sueños, en aquel primer mal sueño en el que vi hogueras y cadáveres y cuerpos destrozados Lo he visto entonces y tampoco entonces supe lo que era.*

Y para tratar de averiguar lo que era fue que atravesó las puertas de cristal y entró.

Supo inmediatamente que ése era un lugar al que acudían las gentes enfermas con la esperanza de encontrar la curación de sus males. *¿Cuándo ha sucedido, se preguntó, cuándo sucederá todo esto?* Y se internó por los corredores del vasto edificio y vio el dolor en los rostros estragados de los enfermos, en los ojos llorosos de las mujeres, en el llanto de los chicos, en las manos apretadas de los hombres, y volvió a preguntarse *Pero por qué, ¿por qué hay tanto dolor en el mundo?* y no supo cómo responderse. Tal vez porque no hay respuesta, tal vez porque recordó que él estaba, había estado, estaría en ese mundo para paliar aunque fuera una mínima parte de ese dolor.

Y de pronto, porque en los sueños sucede así, de pronto estaba sentado en una silla blanca en una sala blanca frente a una mesa blanca, conversando con un hombre vestido de blanco en cuyos ojos no ardían las hogueras de la impiedad. Tampoco eran los ojos de su amigo Sócrates, esos ojos agudos, sabios y desencantados. Eran ojos tranquilos y alertas; eso sí, alertas, como dispuestos a lanzarse a la carrera al segundo siguiente si hiciera falta.

-Sí -decía el hombre de blanco, como quien sigue una conversación iniciada hacía mucho tiempo-, *es cierto, a veces causamos un dolor innecesario.*

-*Pero no estamos para eso* -le contestó el maestro de Cos-, *el dolor nunca es necesario, estamos para todo lo contrario, para hacer que las gentes no sientan dolor. “Primum non nocere”, y esas palabras, usted estará de acuerdo conmigo, resumen todo nuestro arte y toda nuestra ciencia.*

-*Es inevitable* -dijo el otro-, *nadie puede detener la muerte, nadie puede detener la enfermedad.*

Hipócrates pensó en su amigo el filósofo y preguntó:

-*¿Diría usted que detener y aplazar significan lo mismo?*

-No, no, por supuesto que no.

-¿Y no es cierto acaso que ponemos en acto todo lo que hemos aprendido para si no detener, por lo menos aplazar lo que ha de sobrevenir?

-Comprendo adónde se dirige su razonamiento -daba gusto hablar con este hombre- y debo decirle que estoy de acuerdo con usted. Pero los procedimientos a veces son crueles, dolorosos, agresivos.

-¿Y ve usted esa crueldad en los ojos de sus enfermos?

-Desgraciadamente sí.

-¿Y trata de suprimir la crueldad, el dolor, el mal?

-Claro, claro que sí.

-¿Y no piensa usted que si no hubiera habido quema de brujas tal vez el arte y la ciencia de curar serían diferentes?

-¿Brujas? ¿Quema de brujas? ¿A qué se refiere? -preguntó el hombre vestido de blanco- ¿Tal vez a esas viejas horribles que vuelan montadas en escobas?

-No, no, nadie vuela montada en escobas, colega. Me refiero a las mujeres sabias. Porque, ¿sabe usted? La palabra viene precisamente de sabia, de wise, witch, así como pesadilla es nightmare, la yegua alazana de crines rubias que galopa en las noches junto a nuestras camas.

Caramba, pensó, es notable cómo en sueños, puede uno manejar las lenguas bárbaras que desconoce en la vigilia.

-¿Sabe lo que quiero decir? -siguió.

-Creo que sí -dijo el hombre de blanco-. Quiere decir que si un hombre o una mujer practica la medicina, debe aceptarlo todo.

-Exactamente -dijo el maestro de Cos-, exactamente. Mi amigo el filósofo estaría orgulloso de usted. Debe aceptarlo todo. Como el poeta, como el autor de tragedias. ¿Conoce usted a Esquilo?

-Me temo que no. Pero he leído Edipo en Colona. Para Psiquiatría, ¿sabe?, porque en un momento pensé dedicarme al psicoanálisis.

-Edipo en Colona, sí, ah, sí, un autor joven, un tal Sófocles. Me he prometido ir a ver Antígona en mi próximo viaje a Atenas. Pero mientras tanto ¿no cree usted que hay que eliminar la dureza de la vida? ¿Y que hay que empezar por nosotros mismos? Me refiero a quienes estamos dedicados a curar.

-No creo que seamos tan duros como usted parece pensar.

-Tal vez no cada uno de nosotros, pero tal vez sí Asclepios tendría algo que reprocharnos.

-¿Y eso qué sería?

-Las hogueras -dijo Hipócrates-, la ignorancia, las puertas cerradas, la tradición perdida.

-Ah -dijo el otro,

y antes de que pudiera seguir hablando, un estruendo de voces, ruidos, chirridos; una invasión de luces y de sombras impidió que el diálogo pudiera seguir. Las paredes blancas se hicieron translúcidas, la voz del hombre de blanco se fue perdiendo, toda la escena se esfumó como en un atardecer de otoño y la sombra del sueño se apoderó del ánimo del médico de Cos.

Se despertó poco después. Sin angustia, sin el horror de los sueños anteriores, sin el eco de los cascos sobre la tierra de la isla. Se despertó tranquilo y se dijo que iría a ver *Edipo en Colona* y posiblemente también *Antígona*, que si bien era cierto que él prefería *Prometeo Encadenado* y sobre todo *Los Siete Contra Tebas*, había que aceptarlo todo y para eso bien valdría la pena empezar por Sófocles.

Y en ese momento, todavía envuelto en las brumas del sueño, lo recordó todo o lo supo todo. Supo que había hablado con el detestable autor del *Malleus Maleficarum*, que había visto las hogueras en las que se supliciaba no a las cómplices de Satán sino a las mujeres sabias, que había echado un vistazo, apenas un vistazo a las primeras disecciones de cadáveres humanos, que había pasado por sobre la peste y la superstición y la maldad, que había hablado con las médicas de Salerno, de Bolonia y de Florencia, que había filosofado socráticamente con alguno de los colegas que vendrían, y que con el único que no había podido encontrarse había sido con el doctor de Viena, un tal Sigmund Freud.

Una lástima.

Rosario, diciembre 1999.

BIBLIOGRAFIA

- Alic, Margaret: *El legado de Hipatia. Historia de las mujeres en la ciencia desde la antigüedad hasta fines del siglo XIX*. Siglo XXI; México, 1991.
- Barstow, Anne Llewellyn: *Witchcraze. A new history of the European witch hunts*. Pandora-Harper Collins; New York, 1995.
- Caro Baroja, Julio: *Las brujas y su mundo*. Alianza; Madrid, 1961.
- Duque, Luz Marina: *La Mujer detrás de la Ciencia*. Universidad del Valle; Bogotá, 1997.
- Ehrenreich, Barbara; English, Deirdre: *Witches, midwives and nurses. A history of women healers*. The City University of New York; New York.

- Fraser, Kennedy: *Ornament and silence. Essays on women's lives from Edith Wharton to Germaine Greer*. Vintage; New York, 1998.
- Hekman, Susan: *Gender and knowledge*. Northeastern University Press; Boston, 1990.
- Kramer, Heinrich; Sprenger, Jakob: *Malleus Maleficarum*. Tr. Montague Summers. The Pushkin Press; Londres, 1928.
- L. M.: *Esas simples raíces que anudan a la humanidad*. Clarín, Buenos Aires, 16 de julio 1991.
- Le Doeuff, Michèle: *El estudio y la rueca. De las mujeres, de la filosofía y etcétera*. Ediciones Cátedra de la Universidad de Valencia; Valencia, 1993.
- Michelotti, Edith: *La compañera incansable de las parturientas*. Página/12; Buenos Aires, 27 de agosto 1997.
- Montero Herrero, Santiago: *Diosas y adivinas. Mujer y adivinación en la Roma antigua*. Trotta; Madrid, 1994.
- Noble, David F.: *A world without women. The Christian clerical culture of western science*. Oxford University Press; New York, 1992.
- Rozenberg, Laura: *Las mujeres ante la enfermedad*. Clarín, Buenos Aires, 12 de septiembre 1995.
- Sorano: *Vida de Hipócrates*. Bibliotecavirtual.com
- Stein, Diane: *All women are healers. A comprehensive guide to natural healing*. The Crossing Press; Freedom (California), 1990.
- Tubert, Silvia: *El médico taumaturgo. El control de lo femenino*. Página/12, Buenos Aires, 16 de mayo 1992 (suplemento "Futuro").
- Veiras, Nora: *Perfume de mujer*. Página/12, Buenos Aires, 27 de agosto 1997.



La autora durante la lectura del texto.